

carne apaleada
inés palou



LOU
INES PA-

CARNE APALEADA

Cubierta, Liartery

© Inés Palou, 1975

Depósito legal B. 6073-1977

Compuesto en Garamond 10 Impreso y encuadernado por

Printer, industria gráfica sa Sant Vicenç dels Horts 1977

Printed in Spain

Edición no abreviada

A SENTA.

*que al entrar en mi vida,
la fuente tornó río;
la ceniza, brasa viva;
y en el latir de mi sangre
puso un trote
de Pegasos desbocados.
Donde se encuentre...
¡Dios la proteja!*

Cuando la tercera edición de este libro estaba a punto de entrar en máquinas se ha hecho pública la noticia de la muerte de su autora. Inés Palou ha muerto en circunstancias particularmente trágicas y con su desaparición *Carne apaleada* parece adquirir un sentido aún más hondo de testimonio del dolor humano.

«CUL DE PRESÓ...»

Quando oí esta expresión por primera vez no supe entender su significado. Era muy joven todavía. Una niña. Por eso la gente mayor hablaba en mi presencia, sin miedo a escandalizarme, cuando se refería a un conocido de la familia.

Han sido necesarios cuarenta y siete años para comprender qué significaba. Cuarenta y siete años y sentir sobre la propia carne la vergüenza de esta terrible definición.

Pero la vida es incierta y a todos, absolutamente a todos, pueden ocurrirnos muchas cosas, o no ocurrirnos nada, absolutamente nada. Podemos, según vaya la vida, formar parte de eso que algunos llaman «el todo Madrid», o «el todo cualquier parte». O, por el contrario, podemos probar con nuestras asentaderas todas las losas de los patios carceleros. Por muy seguro que parezca estar cada uno de la tierra que pisa, de la planificación de su mañana y de la fuerza de su voluntad... no podemos olvidar que el mundo da vueltas, que el futuro es incierto, y sobre todo... que la carne es muy débil.

Benditas sean, donde se encuentren, todas aquellas mujeres que se llamaron Pili, Juanita, la Cuartero, Trini, Fifi... y otras cuyo nombre no recuerdo, y otras que nunca he conocido... Pero que siguen sufriendo en cualquier cárcel, enmarcadas tras las rejas por gruesos muros, soportando lo insoportable.

A TODAS ELLAS, que no son tan malas como parecen

ni tan viciosas y perversas como las juzgan. Sino simplemente mujeres. Mujeres que tuvieron que elegir y eligieron.

Con mi comprensión, con mi amor. Porque son mi gente, y los prefiero a los demás, a los perfectos, a los im-

polutos...

*Quien se sienta limpio de toda culpa...
que arroje la primera piedra.*

Capítulo I

Y CUANDO OS HAYAN ENTREGADO...

(*San Mateo, 10, 26-28*)

No. Aquello tampoco era lo que me interesaba. Hacía solamente una hora que había llegado a L. y visitaba ya la tercera joyería. L. me estaba resultando pequeña. Me causó mala impresión al bajar en la estación. Se trataba de una población provinciana con escasas posibilidades. El taxista que me informó en M. debía de tener una idea muy especial de lo que era una ciudad grande.

—L. es muy grande, señora —me dijo—. Es una ciudad, ¿sabe? Hay de todo.

Pero L. me resultaba pequeña. Subiendo por la calle que nacía en la estación, llegué a otra más ancha flanqueada por tribunas llenas de sillas. Al parecer, aquello estaba preparado para las procesiones de Semana Santa. Malo, malo, pensé. No era ambiente de sacristía lo que a mí me convenía. Esa clase de gente no se fía de nadie.

Y así fue. En la calle Mayor pregunté por la mejor joyería. La que me indicaron, tenía muy poco de joyería. Un escaparate repleto de cosas dificultaba enormemente encontrar, entre tanta baratija, algo de valor, algo que compensara el viaje.

El joven que me atendió, me enseñó varias pulseras de oro. De poco peso y no mucho valor. Elegí dos que costaban 28 000 pesetas. Como siempre, una vez elegidas, pregunté si tenían inconveniente en aceptar un talón. El chico pareció dudar, pero después dijo que sí, que no había inconveniente. Luego resultó que sí lo hubo, porque fue perdiendo el tiempo simulando colocar el seguro en

una de las pulseras, hasta que llegó otro señor, que resultó ser el dueño de la joyería. Me dijo que ellos no tenían costumbre de aceptar talones; que lo sentían, que no me lo tomara a mal, pero que no podía ser.

Naturalmente, me fui. Aunque no tan naturalmente; en vez de desaparecer de L., tras el primer intento fallido, no me fui y busqué otra joyería. Estaba nerviosa. Aquella tarde nada salía bien.

En principio, había planeado desarrollar la operación en M. Pero allí había operado el mes anterior y las posibilidades de encontrar joyerías «vírgenes» y de categoría habían disminuido considerablemente. M. es una ciudad grande, sí, pero tiene las limitaciones de relación provincial. Podía haber cundido la alarma. No me convenía. Pero tenía que lograr dinero rápidamente. Urgía, no podía esperar y me arriesgué a entrar en otra. No aceptaban talones, dijeron. Entonces tuve miedo de quedarme. Consulté el mapa de carreteras provinciales y el nombre de L. apareció en el plano con letras grandes. Pregunté a un taxista qué tal ciudad era, y el hombre me dijo que era muy grande. Mal sentido de la proporción. En eso me equivoqué. No debería haber ido. Pero fui. No debía, después, haberme quedado en L. tras fracasar en el primer intento. Pero me quedé. Probé suerte en una segunda, sin éxito. Y cometí la torpeza, la increíble torpeza, de insistir en una tercera.

En esta última, la más pequeña de las tres, no tenían nada que valiera la pena. La pulsera que me estaba mostrando el joyero pesaría escasamente sesenta gramos. En la venta, mermada hasta la tercera parte de su valor, vendida a peso de oro, no resultaría rentable. Pero tenía que realizar la operación. No podía esperar. Entonces se abrió la puerta. Entró un señor con gabardina.

La gabardina, la inevitable gabardina estaba allí.

—Su documentación, señora. Se trata únicamente de una comprobación.

Me mostró su placa de policía.

Saqué el documento de identidad. Ni siquiera lo miró. Simplemente me dijo:

—Sígame. En la comisaría lo aclararemos. Si nos hemos equivocado, le pediremos disculpas.

No le contesté siquiera. Estaba otra vez cogida en la red.

Por la calle, camino de la comisaría, el policía pretendió disculparse. Yo ni le escuchaba. Únicamente me preocupaba la proximidad del interrogatorio. Sabía por experiencia que, una vez en la comisaría, pedirían rápidamente mis antecedentes. Tenía que ganarles por la mano. Y declarar una verdad conveniente que pudiera favorecerme más adelante. La comisaría de L. era bastante grande. Había en aquel momento unos jovencitos, chiquillos casi, a los cuales un agente interrogaba. Al parecer, habían robado en una panadería abriendo el cajón, en ausencia de la dueña.

—Yo había subido un momento al piso, ¿sabe usted? Tenía la comida en el fuego...

Los chiquillos no hacían más que mirarse unos a otros y reírse. El agente, serio, muy en su papel, pretendía infundirles respeto. Todavía no había aprendido que a los mozalbetes que empiezan a temprana edad a delinquir, nada les infunde respeto. Carecen del sentido de la proporción, ignoran totalmente lo que está bien y lo que está mal. Hacen únicamente lo que se les apetece. Tienen tan pocas probabilidades de poseer algo, de ser alguna cosa, la frustración los empuja a hacer cuanto signifique correr un riesgo. La innata rebeldía del que se sabe impotente. Y lo hacen caiga quien caiga. Según se deducía de los interrogatorios, se trataba de una pandilla algo organizada. Operaban en serie y habían encontrado una buena fuente de ingresos en el tren que iba hasta A. Habían sido presentadas algunas denuncias ya, y se ve que el producto de las

operaciones ferroviarias, o en ruta, era bastante provechoso.

Me reí por lo bajo a pesar del mal momento en que me encontraba. Pero estaba curtida en estos trances. Conocía el trámite policial, la mentalidad delictiva, y sabía en aquel momento mucho más que los mismos agentes. Por eso no me inmuté cuando el comisario, muy serio, ordenó:

—Que vacíe el bolso encima de la mesa.

Así lo hice. Estaba perdida, no tenía salvación. Habría que optar por la verdad llana, escueta, sorprendente. Quizá pudiera influir en mi futuro sumario reconocer abiertamente los delitos. No había otro camino. Sí, en definitiva, sería lo mejor. Coger el toro por los cuernos. Así evitaría más investigaciones a fondo. Era lo mejor. Al vaciar el bolso, quedaron visibles encima de la mesa los talonarios de los diferentes Bancos. Recordé de repente que con mi meticulosidad había anotado en todas las matrices los datos identificativos. Así que pensé sería mejor confesar la verdad. Las matrices corroborarían mi declaración y evitarían posteriores investigaciones.

—Vecina de Barcelona... Oye, tú, pide antecedentes allí.

Entonces repliqué:

—Tengo antecedentes penales. He sido juzgada, condenada y he cumplido la condena impuesta.

El agente pareció sorprenderse de mi confesión. Sorprendióse más todavía cuando añadió:

—En 1968, sumario n.º 58, Juzgado n.º 8 de Barcelona. Condenada a varias penas. En 1970, sumario n.º 121 de 1961, condenada a 9 años y un año respectivamente. Todas las condenas cumplidas.

Mientras tanto, otro agente pidió por teléfono comprobación de mis antecedentes.

El agente que estaba conmigo, meneaba la cabeza. No comprendía mi rápida declaración. El pobre hombre no sabía que, de acuerdo con los atestados, de acuerdo con el consiguiente cumplimiento de penas en su día, de acuerdo con la regla 70... (yo conocía al dedillo, mucho más que ellos, la complicada gama futura de cumplimientos que podía derivarse de aquel atestado policial)... a mí me convenía decir la verdad, lo que me favorecía. Al examinar los talonarios, preguntó:

—Esa cantidad de 35 000 pesetas que dice Gema, ¿qué quiere decir? ¿Se trata de alguna persona que conoces?

—No; es únicamente la reseña del talón y de la joyería.

Seguidamente cogí el talonario y le fui diciendo, talón por talón, el importe, el destinatario, fechas y todos los datos. El policía estaba perplejo. Todavía no se había dado cuenta de que yo conocía la situación y de que pretendía sacar el mejor partido. L. era, en realidad, una ciudad pequeña, y la comisaría de allí no se había encontrado en otra circunstancia parecida. La ciudad no daba para más.

Recuerdo que me encontraba tranquila. Sin miedo. Hacía mucho tiempo que había dejado de tener miedo. Sabía que, al final, aquello ocurriría. Al fin y al cabo, todo había terminado ya. No tenía por qué preocuparme. A partir de aquel momento, serían los demás quienes se preocuparían por mí. Yo tenía únicamente que aguantar, aguantar, y esperar que pasara el tiempo. El tiempo pasa inexorablemente y pone fin a todo.

—¿Quieres fumar? Te invito, porque veo que colaboras... ¿sabes? —siguió—, no entiendo por qué haces esto. Pareces inteligente y podrías ganarte la vida honradamente.

No le dije nada. ¿Qué iba a decirle que pudiera entender? El tenía su mentalidad, yo la mía. Mi mentalidad

era una mentalidad carcelera, defensiva, totalmente opuesta a la suya. No podíamos entendernos de ninguna manera.

El agente salió. Desde donde me encontraba, le oía hablar con el comisario. Este levantaba la voz en tono airado:

—Motivos, motivos... pregúntale los motivos. Eso es lo que hay que saber. Por si tiene cómplices. Ella tiene que hacerlo por algo o por alguien.

Claro que existían motivos. Pero no los diría. De eso, ni hablar. Conocía los procedimientos judiciales y los policiales. Yo estaba cogida. Bien, nada más. Ahí quedaría la cosa. O aceptaban mi verdad, que daba lugar a que se justificaran con un largo atestado con multiplicidad de cargos, o no sacarían nada en claro. El comisario se quedaría sin saber eso de los motivos.

El agente volvió. Me hizo servir café y me invitó nuevamente a fumar.

—Siéntate. Vamos a hablar largamente. Tú me vas a decir la verdad, toda la verdad, por qué lo has hecho, por quién lo has hecho... En fin, tú has estado en la cárcel, ¿no? Por tanto, sabrás que decir la verdad es lo que más te conviene.

Sí, yo había estado en la cárcel y sabía qué era lo que más me convenía. La verdad, pero no la verdad a su modo, sino la verdad mía, a mi manera, a mi aire, al son de mi música. Yo estaba curtida en interrogatorios. No cedería diciendo una sola palabra más de lo que me conviniera.

—¿Y esas llaves de dónde son? —El agente blandía en el aire el llavero que guardaba las llaves de mi apartamento en Benidorm.

—Estas llaves todavía son de cuando tenía el piso en Barcelona. No las devolví y se quedaron en el fondo del bolso.

—Bueno, pero tú vivirás en alguna parte, ¿no? ¿Dónde vives ahora?

—Ahora no vivo en ninguna parte. Vago de un lado para otro, viviendo a salto de mata; por eso hago esto. Para vivir sin preocupaciones. Porque después de haber estado en la cárcel, la vida ya no me ofrece ningún interés.

El agente no estaba del todo convencido. Insistía, insistía una y otra vez. Pero yo, cada vez, repetía lo mismo. Todos los detalles de los talonarios, mis idas y venidas por las joyerías, pero ni una sola palabra de mi vida privada. Ni una sola palabra de eso. Yo no tenía familia —decía—, ni amigos, ni nadie con quien vivir..

Así, insistiendo una y otra vez sonaron las dos de la madrugada. Me dejaron dormir en un sillón, al lado de un gris que también intentaba dormir un poco. A la mañana siguiente, a primera hora, otro gris entró con la noticia:

—Niño Bravo se ha matado en un accidente de carretera.

El hombre mostraba un periódico. Se lo pedí y pude leerlo. Niño Bravo ya no era nadie. Ni Niño ni Bravo. El tenía ya resueltos todos sus problemas. Quedaba el más allá, ciertamente. Pero, quién sabe, a lo mejor no existe el más allá. Aunque a mí me parece que detrás de la muerte tiene que haber todavía alguna cosa. Pero, en fin, allá Niño Bravo. Mi problema era peor que el suyo.

Alrededor de las diez volvieron los agentes. Vuelta al interrogatorio. Al parecer, el señor comisario se resistía a finalizar el atestado sin conocer los motivos...

Encima de la mesa había unas revistas profesionales. Me dejaron hojearlas. Me encontré con el capítulo de «Buscas y capturas». Sería curioso que allí se hablara de alguna compañera que yo conocía. Sí, efectivamente, venía la fotografía de la Gravitch. Carmen Gravitch. En otra página venía Estrella. Sí, la alegre Estrella. Allí decía que se trataba de una peligrosa delincuente, habitual y reincidente.

Aquello daba risa. Estrella, peligrosa delincuente... Vamos, vamos...

—¿Las conoces? —me preguntó el policía, interesado—. ¿Qué tal son?

—Cumplí condena con ella? en Alcalá. Mire, agente, para mí esas mujeres son mejores que cualquier persona, ¿entiende? No me pregunte usted, porque la comparación resultaría odiosa.

Sí, la comparación resultaría odiosa. Esto es una cosa que no puede comprender todo el mundo. Cuando se ha convivido durante mucho tiempo, en prisión, con algunas personas consideradas delincuentes habituales, una se da cuenta de que lo que consta en la ficha policial es muchas veces puro formulismo y está muy lejos de reflejar la verdad. Pero eso no podía entenderlo el agente. Tanto él como yo militábamos en aceras opuestas. Ambos sufríamos, al analizarlo, deformación profesional.

Alrededor de las cuatro, me llevaron a la cárcel de L. En realidad, aquella cárcel era un viejo edificio con unos calabozos infectos en su parte baja. A mí me metieron en lo que comúnmente se llama «alacena» en las casas de campo. Mucha suciedad, paja y basuras por el suelo, residuos ratoniles, etc. En el cuarto de al lado, había una vieja cocina con una rudimentaria ducha. Lo único decente era la cama. Una litera metálica completamente nueva. Con mantas nuevas. El encargado de la cárcel —que en realidad no era funcionario, sino empleado del Ayuntamiento— me trató bien desde el primer momento.

Se llamaba Diego. Le llamaban don Diego. Don Diego se portó como un caballero conmigo. Me subía diariamente el periódico y cuanto necesitaba. Le quedaba bien aquello de don.

A mí no me costaba ningún trabajo llamarle don Diego. A él le gustaba.